

LA GRAN REVINCULACIÓN

Prof. Fernando Vidal, Universidad Pontificia Comillas
En redes Threads, Bluesky, Twitter @fervidal31
Correo: fvidal@comillas.es

A continuación ofrecemos íntegro el texto de una conferencia que compartí con la Plataforma Apostólica de la Compañía de Jesús en Catalunya el 30 de noviembre de 2024 en el Centro Internacional de Espiritualidad Ignaciana de Manresa. Dedico este texto muy especialmente al jesuita Xavier Melloni, con profundo agradecimiento por su obra y propuestas que abren caminos tan innovadores y luminosos para la revinculación de todos los seres humanos.

1. Introducción. El bien es imparable.

Día tras día nuestro mundo puede contemplar milagros sociales que nos hablan de cómo la cooperación, compasión y fraternidad que nos originó como especie es imparable y continúa sucediendo incesantemente.



Una librería cooperativa de Southampton debía trasladarse, pero, como carecía de fondos para sufragar la mudanza, convocó voluntarios. Acudieron 250 personas que formaron una cadena humana por la que fueron trasladándose mano a mano los miles de libros de la librería hasta su nuevo emplazamiento.

Sangeeth y Kavya son los nombres de una joven pareja de Kerala, India, que durante su viaje de novios decidieron crear un itinerario de fecundidad y llevaron semillas de árboles que fueron plantando en aquellos lugares por los que estuvieron. Continuaron haciéndolo en sus viajes posteriores y año y medio después han plantado diez mil nuevos árboles.

Chris Waller comenzó su iniciativa Caminar + Hablar en septiembre de 2022. Lo hizo «como resultado de mis propias luchas y el deterioro de mi salud mental. Las primeras semanas caminaba solo hasta que, uno por uno, se unieron nuevos miembros». Así nació el proyecto *We Power On*, que convoca a varones alrededor de la localidad de Epsom, al sureste de Londres. Libremente acude quien quiere cada semana a caminar, sin presión para hablar, sin cuotas ni más compromiso que convivir. Es un espacio confidencial para hablar y conversar mientras se camina cerca de una hora por los parajes naturales del lugar. Al final se toma un té y conversa. Su red ha sido galardonada con el premio *Make a Difference* que otorga cada año la BBC a pequeñas iniciativas transformadoras realizadas desde la sociedad civil.

Hemos recogido muchas de estas historias en un libro que titulamos *El poder de las mariposas: pequeñas grandes historias de abandono y esperanza en el siglo XXI* (PPC, 2024). Miles de

historias inspiradoras florecen en nuestra sociedad y también hay grandes tendencias que nos siguen haciendo progresar: aumenta el empoderamiento femenino en todo el mundo —incluso en aquellos lugares donde más se oprime a las mujeres, crecen las resistencias y conciencias—; se extienden las políticas de sostenibilidad medioambiental —este mismo año se ha celebrado la recuperación definitiva del lince ibérico tras años de esfuerzo—; Las personas con discapacidades están cada vez más integradas en las sociedades; la inteligencia artificial hace posible otro modo de desarrollo de incalculables beneficios; el acceso a la educación no cesa de aumentar en todo el planeta.

Nunca somos tan nosotros mismos como cuando hacemos el bien y el mal nos hace ser meras copias o cosas. En el mayor fondo del corazón humano sabemos que el bien siempre es más profundo que el mal, la belleza es más alta que el horror y la verdad siempre lleva más lejos que la mentira. Hay buenas razones para la esperanza y la celebración del ser humano como una bendición.

2. Ni un minuto más sin esperanzas

Así todo, el tono que domina nuestro espíritu en esta época está ensombrecido; especialmente en las últimas semanas antes de encontrarnos en esta conferencia. Fue en Barcelona donde Ignacio de Loyola propuso captar lo que denominó «humores de la sociedad», lo que ha llevado a expertos como el jesuita colombiano Hermann Rodríguez, a pensar que podríamos examinar algo así como *mociones colectivas* en la interioridad de las sociedades, organizaciones y grupos. Y si lo hacemos recibiremos un estado de preocupación, inquietud, tristeza, cierto pesimismo e incluso desesperanza.

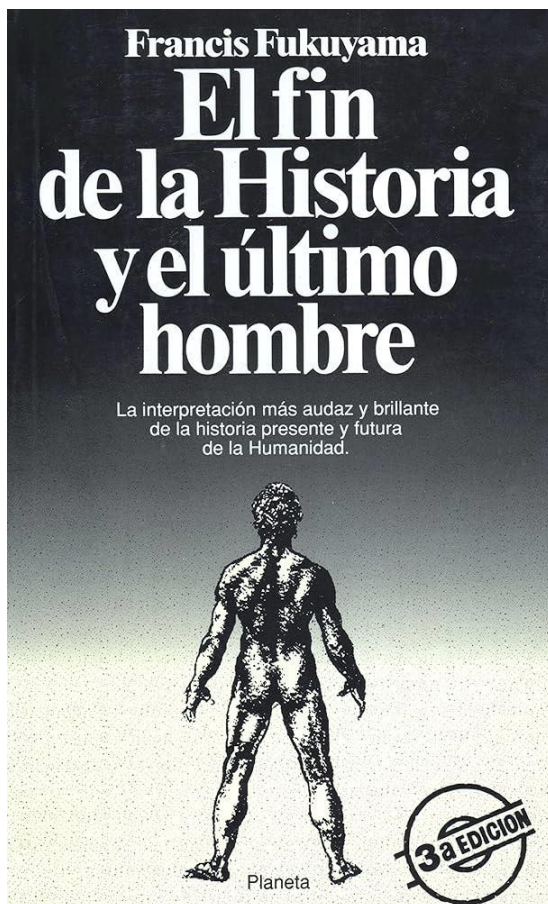


Al leer los grandes titulares que encabezan la culminación de este primer cuarto del siglo XXI, se puede concluir que hay razones sobradas para ello. Entre ellas pesa especialmente en nuestro espíritu de la historia el avance del autoritarismo, las políticas de odio y el fundamentalismo que se extienden por el mundo y

que forman parte de lo que tenemos la tarea de desentrañar en esta reflexión, que surge de la preocupación por el deterioro social de los vínculos, la participación social y la confianza, y el papel profético y re vinculador que pueden y deben cumplir nuestras instituciones a las que la espiritualidad de ignaciana pone bajo la enseña del compañerismo, acompañarnos y *hacer compañía*.

Pero, al igual que las referencias inspiradoras con las que iniciamos esta reflexión, comencemos apelando a la esperanza. Cuando con motivo de la elaboración de la carta encíclica *Laudato si'*, el papa Francisco preguntó a las grandes organizaciones ecologistas que creían que debía sobre todo aportar la Iglesia, la respuesta en los distintos diálogos fue unánime: esperanza. Porque los datos y tendencias estructurales son en ocasiones tan sombríos que el ánimo de la humanidad puede quedar tan sobrepasado y exhausto que se rinda. Dolámonos, pero no podemos perder ni solo un minuto más sin dar esperanza.

Efectivamente, la desesperanza no solo nos retrae del bien inyectándonos desánimo, pasividad y escepticismo, sino que es una celebrante del mal al rendirnos trágicamente frente al destino frente al que no se puede hacer nada o todo está perdido. La esperanza no es una mera dosis de optimismo, porque a veces el optimismo nos hace minusvalorar la gravedad y peligrosidad de las tendencias y acontecimientos. Fijémonos simplemente en el entusiasmo con accesos de euforia con que acogimos y nos embarcamos en las redes de microblogging — las redes sociales— cuando en 2004 se inauguró Facebook. Exactamente veinte años después, las redes sociales han sido prohibidas para menores de 16 años en toda Australia según noticias de esta misma semana (Molins, 2024; Planas Bou, 2024), afrontan una demanda colectiva en los Estados Unidos interpuesta por varias decenas de Estados por atentar contra la salud pública y la Comisión Europea les ha incoado a varias de ellas expedientes sancionadores por mala praxis que induce al abuso y adicciones.



El hipercapitalismo — expresión de Gille Lipovetsky— ha creado un sentimiento de optimismo acrítico que depositó confianza ciega en los avances tecnológicos, el crecimiento económico, la globalización comercial o el progreso basado en la autonomía individualista y la expansión del yo. Es el tipo de optimismo que llevó a que el politólogo Francis Fukuyama — asesor de los gobiernos de Ronald Reagan y George Bush *padre*— declarara en 1989 el fin de la historia y el establecimiento de un sistema político y económico único y definitivo en el que ya no hay dialécticas sistémicas. Se proclamó que las luchas de las ideologías habían terminado, pero 30 años después el propio Fukuyama reconoce que no había advertido el peligroso poder de las identidades.

A veces hemos practicado un tipo de optimismo parecido al de aquel chiste en el que un pesimista se lamenta diciendo «las cosas no pueden ir peor», y un optimista empedernido le contesta: «¡Sí pueden, sí pueden!». Como afirma este otoño la gran dramaturga catalana Angélica Liddell en su última obra teatral

Dämon, el funeral de Bergman, a ver si nos vamos a estar poniendo en peligro precisamente porque no hemos sido suficientemente pesimistas.

La esperanza no solo descubre y limpia el horizonte, sino que sobre todo tiene una penetrante capacidad para discernir el método y camino para avanzar hacia él. No solo vislumbramos cuál es nuestra esperanza, que promesas podemos albergar, sino que nos responde a la pregunta en qué debemos poner la esperanza, en qué y en Quién debemos esperar. Y una de las elecciones que ya nos revela este momento de la historia es que *la lucha* — esa expresión que nuestro querido padre Hans Peter Kolvenbach tanto apreciaba y reivindicaba— Por la esperanza debe poner sus fuerzas en el liderazgo del *impoder*, no del poder. El *impoder* es aquello que solo el amor puede hacer y conlleva el bien insumiso, la verdad desarmada y la belleza inútil e invendible; es decir, la santidad invencible.

3. Porque no se olvidó a las víctimas...

Encomendada nos reta a redescubrir y profundizar las vinculaciones y la comunión en el entorno de nuestras redes, dado el contexto de desvinculaciones y polarización en que lamentablemente nos hallamos en la sociedad. Nos desafía a considerar y soñar como el cuerpo ignaciano puede ayudar a recrear el tejido social.

Solo una mirada histórica nos permite comprender lo que nos está sucediendo y sobre todo nos revela en qué dirección debemos trabajar como obreros de la historia que somos, en las décadas que tenemos de vida y en las obras y generaciones que llegamos al futuro. En nuestra vida cada uno de nosotros debemos responder a una pregunta crucial: ¿A quién voy a unir mi historia? Y juntos respondernos y orientarnos en este mapa tambaleante del tiempo: ¿hacia qué historia dirigimos a la gente, especialmente a niños y jóvenes?

La pandemia de 2020 paró de golpe al mundo y *cuando el mundo paró* nos surgió del alma una pregunta crucial: ¿hacia dónde íbamos tan rápido? Ahora que sufrimos una pandemia de fundamentalismo autoritario en todo El Mundo nos surge de nuevo la misma pregunta: ¿pero hacia dónde íbamos?

La mirada histórica y mundial es uno de los rasgos constitutivos de la forma en que Ignacio de Loyola mira la realidad, tal como propone en la contemplación de la Encarnación. Invitamos De igual modo a adentrarnos en la comprensión del fenómeno de la desvinculación de un modo diacrónico y en esa clave de contemplación histórica y compasiva. La mirada histórica k voy a ir desarrollando tiene la virtud además de comprometernos en una misma obra a las diferentes generaciones.

El papá Francisco y la mayor parte de la Iglesia universal están impulsando una reforma o profundización evangélica que nos propone esa mirada histórica: retomar la inspiración del Concilio Vaticano II y hacerlo realidad, una tarea que según el papa Francisco se comprueba que tarda alrededor de 100 años en lograrse, si observamos como fueron interiorizados por la Iglesia otros concilios. El Vaticano II es un buen punto de partida si lo miramos desde unos años antes, cuando en la humanidad sangraba la brutal herida de la Segunda Guerra mundial a la que en gran parte el Concilio respondía.



Somos modernos y la modernidad ha ido constituyendo la civilización común que ya comparten todas las personas y territorios del planeta, salvo pequeños pueblos aislados. Pero el modelo de modernidad condujo a qué parte de la humanidad y la dignidad del conjunto prefiera bajo los cuatro jinetes apocalípticos alrededor del

primer tercio del siglo XX: La Gran Depresión del 29 — que nos reveló que el capital a cuyas élites se había confiado el desarrollo social, no le interesaban ni el orden ni la moral—, el Gulag soviético — que con las palabras paradisiacas de Justicia e Igualdad construyeron el peor infierno en la Tierra—, el Holocausto de Auschwitz — que extremó la deshumanización industrial

moderna hasta insectizar al ser humano— y la guerra nuclear de Hiroshima y Nagasaki — que nos hizo mundicidas—. Fue tal el trauma que hincó de rodillas a la humanidad, que tras cometer los peores crímenes de la historia y tras caer más bajo que nunca, intentamos elevarnos a lo más alto aprobando la Declaración Universal de los Derechos Humanos, Desarrollando un sistema mundial de gobernanza bajo Naciones Unidas y cortes internacionales de Justicia, y la generación más herida se unió a la generación más joven de los 60 para impulsar una rehumanización radical del mundo. El Concilio Vaticano II forma parte de ese itinerario. Se intentó refundar la civilización sobre nuevas bases que profundizarán la aspiración esencial de la Modernidad a la universalidad, la integración, la igualdad, la razón común, la fraternidad mundial. En la navidad de 1975, Pablo VI dio nombre a ese nuevo horizonte y fundamento de humanidad: *la civilización del amor*.

Pero pese a la esperanza y esfuerzos rehumanizadores tras la Segunda Guerra Mundial, la guerra fría, los autoritarismos, el capitalismo extra accionista y el hegemonismo cultural continuaron aplastantemente vigentes, de modo que toda una generación vio como sus sueños conciliares y reconciliaréis de Justicia, libertad y amor eran abatidos como muchos de sus líderes: Gandhi en 1948, El líder estudiantil argentino Santiago Pampillón en 1966 —al inicio de la Operación Cóndor que provocó el espanto de los Desaparecidos— y también en 1966 comenzó la Revolución Cultural de Mao que mató a millones de chinos, Martin Luther King fue impunemente tiroteado en 1968 y ese mismo año 137 activistas asesinados por los tanques en la Primavera de Praga... La lista de mártires que intentaron impulsar la civilización del amor es enorme y la mayoría de sus nombres aún permanece en el anonimato.



El clima de fracaso y escepticismo dio alas al nihilismo y un sentido trágico de relativismo que sustituyó al más alto ideal. Dio lugar a un colapso del sueño de transformar la civilización de 1 fuera posible otra vez Auschwitz.

Esa fuente de frustración y desolación afectó también a las religiones. En el caso de la Iglesia católica también las viejas fuerzas integristas y antimodernistas se opusieron activamente a la aprobación y aplicación del Vaticano II, y aunque se sintieron en minoría durante la expansión inicial de la nueva Primavera de la Iglesia, en la década de los años 80 regresaron al posiciones de máximo poder y durante décadas se dedicaron sistemáticamente al desmontaje y exclusión de los cuerpos eclesiales que más hacían progresar el espíritu conciliar. En El Mundo evangelista se fundó Por otra parte la mayoría moral y en el Islam se jomeinizó la ambición califal que nos condujo al atentado contra las Torres Gemelas el 11S. La gran desvinculación se origina en ese momento de derrumbe y recesión civilizatoria, y tiene varias fuentes confluyentes.

4. Las causas de la Gran Desvinculación

La expresión gran desvinculación es una categoría del sociólogo anglopolaco Zygmunt Bauman y se refiere a la precarización y reducción de las relaciones sociales. Si buscamos sus orígenes históricos podríamos señalar como una causa de debilitamiento algunos de los modos sociales que difundió el posmodernismo.

a. Empobrecimiento de la diversidad de relaciones singulares

En primer lugar, entre los errores del postmodernismo consta una desactivación de instituciones que aunque estaban sobrecargadas de tradicionalismo cumplían funciones esenciales para la condición humana. Amplificado esto por una fuerte voluntad de igualitarismo nos encontramos con una reducción de la diversidad de relaciones singulares. Vínculos como el paterno, materno, fraternal, el de los abuelos, la relación intersexual o la conyugal, junto con todos los que tuvieran una función de autoridad social fueron desactivados, estandarizados o deslegitimados. La propia ceremonialidad de respeto del reconocimiento de la alteridad fue con las mejores intenciones informalizada a cuento de hallar un modo relacional más cercano, fluido e igualitario.

Esto va a conllevar una desinstitucionalización de los vínculos singulares, como es el caso de la sponsalidad —con el bienintencionado fin de autenticar la relación y que fuera libre, creativa y responsablemente formada por los miembros—, Hacer más fácil la hiper individualización, la reticulación y la estandarización o irrelevancia de la diversidad relacional. Todo era reductible a conectores de redes.

b. Artificialización de las relaciones humanas

En segundo lugar, esta reducción de la sociodiversidad o de la diversidad de relaciones singulares, se inserta en un cambio cultural emprendido en el segundo ciclo de la posmodernidad — ese tiempo decepcionado y escéptico de los años 70—, consistente en el



construccionismo: toda pretendida realidad es un artefacto, todo es una construcción caprichosa del ser humano y cualquier categoría o institución es, por tanto, una mera función del poder que usa de ellos. Esta tendencia construccionista o artefactualista no cesará de agudizarse en la nueva fase de modernización que se forja a mitad de la década de 1980 en

los últimos 45 años de modernidad reflexiva — también llamada informacional, líquida, hiper capitalista o de riesgo—, la volatilidad e incertidumbre sobre las categorías ontológicas no ha hecho sino aumentar hasta provocar una crisis de realidad o desrealización. El papa Francisco habla de una época de desconexión de la realidad. Varios factores inciden en acentuar ese proceso general:

- a. Se acelera la expectativa de capacidad de remodelación de lo humano y la creación de seres humanos, inteligencia humana artificial, intervenciones cruciales en el ADN y creación de otras criaturas vivas. El Transhumanismo se ha reforzado con promesas tecnológicas y expectativas que parecerían poder crear otro tipo de ser humano. Emerge con cada vez mayor fuerza aquella pregunta que Philip K. Dick, el creador del *Blade Runner*, formulaba en su ciencia ficción: ¿qué es ser humano?
- b. La pérdida de sentido de realidad también se radicaliza por la virtualización y la simulación de realidades, suplantaciones ya apenas diferenciables cuando se exponen en los medios de comunicación (*deep-fakes*).
- c. El relativismo y el identualismo también hacen que la realidad se intente construir y legitimar desde el poder subjetivo del individuo o de los grupos de poder. En ese sentido

el fundamentalismo, que siempre es superficial pese a sus histrionismos de asertividad, también intenta diluir la complejidad de la realidad. La intensa reflexividad que se necesita para dar sentido a las relaciones sociales puede hacer sentir cierta discrecionalidad al determinar su naturaleza.

Todo ello nos ha llevado a una creciente crisis ontológica que acaba no solo preguntándose intelectualmente qué son las relaciones entre los distintos seres humanos, sino que muy fácilmente manipula las relaciones para hacerlas inexistentes y excluyentes, para distorsionarlas y darles forma de enemistad, o para contorsionarlas y hacerlas parecer lo que al poder le interese que sean. Recordemos a Melloni (Georgia) identificando a los migrantes mayores de edad como «extranjeros en edad militar» o a Trump (Donald) clasificando a los inmigrantes irregulares como «enemigos extranjeros» a los que poder aplicar la violenta ley de 1789.

Todo esto confluye con una general mercantilización del mundo del ser llevado a cabo por el capitalismo de identidad que llenan los vacíos anómicos que dejan las instituciones secundarias como las religiosas e impone la identidad desde las macro agencias globales como el mercado: parece que hay dudas sobre nuestras microidentidades personales, pero no hay duda de que somos la generación mundial más capitalista de la historia. Podría sospecharse que la concentración en las luchas por la identidad en lo microsocia libera del cuestionamiento de la identidad capitalista en lo macrosocia. Y esto tiene un enorme impacto en el capital social y la vinculación porque desmonta, a plana y pone en suspensión la arquitectura relacional y societal.

Hay una crucial y desdichada confluencia entre el programa cultural construccionista y la mercantilización hipercapitalista, y la conexión entre ambas tiene un nombre propio: Margaret Thatcher.

c. El nihilismo thatcheriano

Esta es la tercera fuente de la gran desvinculación, que se convierte en emblema por un célebre presupuesto que fue gestado e inyectado por el hiper capitalismo impulsado por la Sociedad Mont Pelerin —fundada por Friedrich Hayek y Milton Friedman—, Y que alcanzó su formulación más radical en boca de la primera ministra Thatcher: «la sociedad no existe».



Tal frase fue pronunciada y repetida dos veces en una entrevista realizada en el número 10 de Downing Street — en sede oficial, por tanto— realizadas por el periodista Douglas Keay para la revista *Woman's Own*. Fue publicada el 31 de octubre de ese año,

poco más de un mes después, con unos ligeros cambios de edición. Primero, Thatcher se preguntaba «¿Quién es la sociedad?» para continuación exclamar: «¡No existe tal cosa!». En la misma intervención retorna sobre ese firme principio y lo reformula con mayor claridad: «No existe tal cosa llamada sociedad» («There is no such thing as Society»). Es decir, la sociedad no

existe. Entre ambas afirmaciones se explica que sí existen las familias o las relaciones entre vecinos, pero no la sociedad como gran conglomerado de personas ni el pueblo.

Es clave esta convergencia entre el ultraliberalismo y el posmodernismo ácido porque va a imprimir una extraordinaria potencia para la desvinculación social hasta los vínculos primarios, diluyendo las instituciones secundarias y extendiendo un fuerte escepticismo sobre el ámbito de la Sociedad General y la especie humana.

La crisis económica iniciada en 1973 forma parte de una policrisis relacional, urbana, cultural, política y hasta religiosa. Económicamente se intenta superar por la creación de un nuevo modelo de desarrollo informacional y digital, y una nueva ingeniería de organizaciones que busca la reducción de riesgos y cargas financieras para las corporaciones económicas. Esto se tradujo en una precarización de los vínculos contractuales con los trabajadores y las empresas proveedoras. Las grandes corporaciones se transformaron en redes de sucesivas subcontratas, se maximizó la figura del autónomo y la rotación laboral, y en busca de la maximización de plusvalías se debilitó también la relación con los consumidores y usuarios. La absolutización de las privatizaciones en todos los sectores cambió el modelo de relación con los ciudadanos, que pasaron de ser detentadores de la propiedad pública a consumidores. El propio modelo de Estado tiende a considerar al ciudadano como consumidor y no como titular del servicio. Las corporaciones modificaron además su misión, difundida a través de todos los gurús y Masters de Administración de Empresas: el destinatario de su servicio ya no era el consumidor sino que el fin principal, legítimo y único era añadir valor al accionista. Y eso supone una sobre privatización porque no solo se sustraen las titularidades y beneficios a los ciudadanos y asalariados, sino que las entidades vuelven la espalda a su misión de servicio público para restringirse a los intereses progresivamente avariciosos de la economía financiera más especulativa.

Además, el neoliberalismo implementa un paradigma económico radicalmente utilitarista que se expande como metamodelo de toda organización. Si en el pasado toda organización parecía querer ser como una familia, ahora hasta el matrimonio es considerado como un contrato sometido a las categorías de capitales, saldos, rotación conyugal y si renta o no renta.



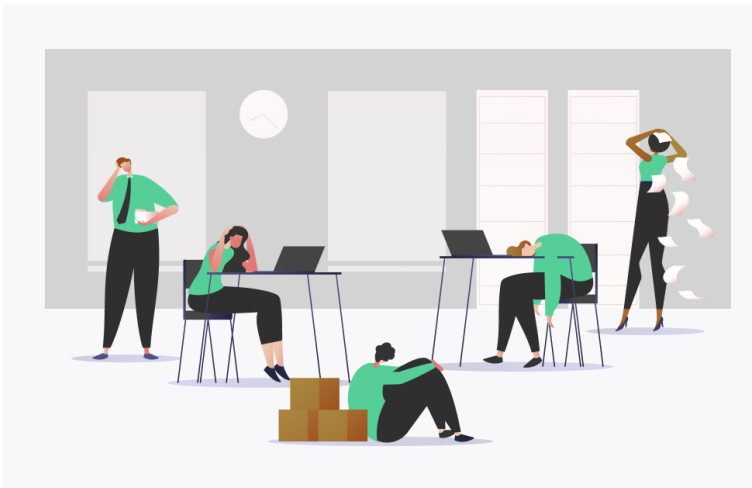
Este utilitarismo ultraliberal recibió otra afluencia crucial y aparentemente inesperada: el marxismo analítico o escuela de elección racional, que comprendía al ser humano como un maximinista. Según su antropología, el ser humano es un continuo maximizador de logros minimizando costes. Quizás es el libro del filósofo social noruego Jon Elster (Oslo,

1940), titulado *Ulises y las sirenas*, publicado en 1979, donde se expone en pleno dicho giro utilitario. El individualismo ultraliberal recibía, por tanto, un refuerzo inesperado desde la izquierda ideológica, y se restaban de esta forma resistencias intelectuales y culturales a la gran desvinculación.

El resultado es doble. Primero, se produjo una nueva ideología del yo que condujo al autonomismo individualista y una radical reducción del sujeto. Parece que el yo solo es el ego diurno, discursivo e identitario que tiene todo el poder sobre sí mismo. Se ignora la complejidad

de las interioridades, los deseos y el misterio de la persona. Además, el *dio* en los vínculos se reduce a empatía, no existe un nosotros en el que somos sin poder dividirnos, un *nós indiviso*, y a la vez somos personas distintas e irreductiblemente Individuales. Para el ultraliberalismo, en lo social todo es distributivo, sumatorio, agregación de individualidades en la que no hay comunión ni incorporaciones. No solo *la sociedad no existe*, sino que ningún vínculo tampoco, son solo cálculos y proyecciones mentales de los egos. El individuo es radicalmente autónomo y soberano. Y desde ahí se entiende que incluso en él nosotros que se forma en la gestación, el ser humano en formación queda convertido en mero órgano del yo o, según la última legislación europea, mero tejido humano.

El segundo resultado es todavía más impactante porque toda la precarización del vínculo social lleva al debilitamiento tanto del tejido comunitario como de la experiencia de pueblo. Y esto, 30 años después, desde 2010, ha formado una generación nacida con el hiper capitalismo que devuelve el mismo tipo de relación a las corporaciones: el alarmante y desestructurante *desengagement* o desimplicación. Las personas han captado que las corporaciones han reducido sustancialmente su compromiso con ellos y con sus familias, y como un boomerang se produce hundimiento del compromiso y lealtad con las instituciones en general y las empresas en particular. Conocido es el fenómeno de la gran dimisión, que se produce cuando más de un 4% de la masa laboral abandona su empleo voluntariamente.



Esto conduce a un debilitamiento de la función profesional porque las corporaciones han vaciado su interioridad y su tejido comunitario interno. Intentan compensarlo con políticas de identidad y retóricas socializa antes que no se compadecen con mejoras en las políticas laborales en el conjunto del mercado y por tanto son vistas como artificiosas o

incluso engañosas. Por lo tanto, los profesionales no se comprometen de corazón, es decir integrando el trabajo en sus vidas con suficiente vitalización ni integrándose ellos en la corporación. No hay incorporación, falta entrega y hasta profundidad. Y esto conduce a una crisis de la ética laboral que junto con la reproducción y cuidado de la siguiente generación es el principal modo como las personas se incorporan a la sociedad. Y así se llega a la anomía.

d. Ciudades divisoras.

Añadamos a esto una cuarta fuente de desvinculación bien conocida por todos: la desigualdad económica creciente y la segmentación urbana. La desigualdad económica es la mayor polarización y principal matriz de la consiguiente polarización política porque las personas se sienten abandonadas por el sistema político, económico, mediático, educativo, las entidades públicas, y hasta por sus vecinos y familiares, no pueden identificar a los responsables ya que se ha producido una abstracción de los poderes en la globalización, y de ese modo se provoca una reacción extrema, antisistema y puede que violenta.

Esto se produce en ciudades como una progresiva segmentación de los espacios residenciales por clase social, que tiene como consecuencia una menor convivencia interclasista. Cada sector



social tiene su circuito de vida que no se cruza con los otros circuitos y raramente comparte espacios ni intereses. Cada clase social tiene sus ámbitos especializados de trabajo y compras, sus lugares de ocio y asociaciones, centros educativos segregados, calles y parques principalmente habitados de forma homoclaseal, incluso parroquias claramente afiliadas a una u otra condición social. Si los grandes eventos de masas como los deportivos o musicales

no fueran cada vez más caros y exclusivos, podría haber algunas confluencias.

Los modelos urbanización ultraliberal prescinden de las calles construyendo urbanizaciones que internan sus propios espacios de parque y recreo, y tienen sus propias piscinas, pistas deportivas y locales de ocio infantil. Fuera de sus vallas, parece que todo es progresivamente hostil, se contratan servicios de seguridad y se prescinde de construir plazas porque solo los marginados acuden a ellas. El modo de habitar las calles comunes es el consumo en las terrazas de la hostelería y cada vez más un hombre adulto caminando solo por la calle se identifica como un sospechoso. Se podría deducir que la gran desvinculación ha sido programada urbanísticamente.

Contra ello, se busca remodelar las estructuras metropolitanas en ciudades de 15 minutos, aumentar la convivencia de viviendas de distintos niveles adquisitivos, crear plazas, renaturalizar espacios, todo lo que se viene llamando la rehumanización urbana. Pero ese modelo emergente se encuentra frente a la enorme fuerza de la política territorial ultraliberal y las poderosas elites financieras que alimenta la especulación inmobiliaria. De ese modo nos encontramos en una gravísima crisis de vivienda y cómo hasta los núcleos que forman el patrimonio histórico de una ciudad sufren una poderosa gentrificación, son convertidos en parques temáticos para turistas y se expulsa al pueblo del centro de su historia. La Gran desvinculación es un programa de los espacios, no un accidente de los tiempos.

Esas progresivas desafilaciones experimentadas en el conjunto del sistema económico, político o cultural, conducen a lo que quizás es la experiencia más generalizada y destructiva de nuestro tiempo: el abandono social. En un mundo en el cual se han globalizado los procesos y perdido las referencias de los agentes que están decidiendo sobre aspectos a veces muy prácticos de nuestra vida, pero que permanecen invisibles y abstractos, la gente se siente abandonada. Los que trabajan en corporaciones que han implementado políticas de precarización laboral, se saben abandonadas. Aquellos que experimentan el deterioro de los servicios públicos, se saben abandonados. Y los que sufren el desgaste que ha habido de los vínculos comunitarios, tanto en la familia como en los grupos de amigos o vecindarios, saben que están abandonados. A veces están la fuerza de desvinculación social que rompe incluso aquellos lazos que parecían poder con todo por el amor tan intenso que une en las familias, y sin embargo experimentan una multitud de separaciones y dejaciones, que provocan profundas heridas de abandono.

Carecer de un mundo relacional suficientemente atento y sufrir parcial o totalmente el abandono ha llevado a la emergencia de fenómenos como la soledad crónica de nuestras sociedades que afecta a un 20% de la población o a la epidemia de salud mental que ha llevado a que un tercio de la gente reconozca que tiene una mala o muy mala salud mental. Junto con

ello, sean alzado las tasas de autolesiones e ideaciones suicidas. En efecto, el abandono produce la insostenibilidad de las personas y sus comunidades; forma una espiral de destrucción social y personal.

La gran desvinculación social que ha sufrido el mundo no solo ha reducido el número de relaciones y su intensidad, sino que ha provocado una experiencia global de abandono social que muchos solo pretenden reparar a través del fortalecimiento de identidades fundamentalizadas, como es el caso del supremacismo racial o religioso, o el nacionalismo.

e. **Vínculos identitarios.**



Vayamos atrás, recojamos las causas anteriores y combinemos las en una quinta fuente. La salida a los grandes conflictos ideológicos la contraposición entre la civilización del amor y los bloques autoritarios y capitalistas fue un neopragmatismo que pretendió diluir y transformar las dialécticas en utilidades identitaria para la justificación

de los intereses materiales o la arbitrariedad conductual. Esto condujo a un paso de partidos o bloques ideológicos a bloques identitarios y con el tiempo se convirtió en una dialéctica identitaria entre razas, nacionalidades, religiones o géneros —como las hiperidentidades del sexo—. Y esto impacta sobre los vínculos porque pierden su naturaleza y quedan moldeados como consumos del yo y definidos exclusivamente desde la identidad. Las relaciones se ponen al servicio de las identidades y el otro, por tanto, es visto a través de la lente de la identidad.

Un paso más. Este supermercado libre de identidades llevado a su multiplicación exponencial por el individualismo autonomista, se desligó del orden del sentido existencial para insertarse en otro orden que es el mercado de marcas y fetiches de la felicidad. Eso condujo a la mercantilización de las relaciones y a que todo el fenómeno relacional sea analizado en términos de capital social; si renta o no.

Y esto tiene otra consecuencia: el empobrecimiento de las experiencias que se viven en cada vínculo. Hay un empobrecimiento del *portfolio dramático* de cada persona, qué es el conjunto de temas, patrones, praxis o experiencias que dan densidad a cada vínculo, la diversidad de relaciones y las arquitecturas grupales. El *portfolio dramático* de nuestras relaciones está formado por nuestra capacidad de haber vivido e interiorizado dimensiones como el fracaso de las relaciones, el perdón y la gratitud, la entrega y el sacrificio, la aceptación y el misterio del otro, la colaboración altruista, etc. Si, por ejemplo, en nuestra sociedad existe cada vez mayor sentimiento de culpabilidad, pero es cada vez más complicado vivir experiencias de profundo perdón en el ámbito familiar, amical o laboral —por no mencionar el vecinal o el cívico-político—, entonces es probable que las personas afronten con gran dificultad los procesos de fracaso pues tienen poco entrenamiento y pocos recursos para generar procesos de reconciliación. Sí esas ausencias de experiencias y capacidades se viven en diversas dimensiones que suelen estar presentes en casi todas las relaciones profundas y perdurables, entonces estamos asistiendo a un empobrecimiento del conjunto del mundo relacional. Esto hace que la gran desvinculación no sea solo cuantitativa, sino cualitativa.

f. **Polarización.**

La última fase de la gran desvinculación que se ha elevado desde la estafa global del 2007 es la polarización, resultado del fundamentalismo identitario, el encapsulamiento informativo (que estratégicamente ha sido manipulado desde un nuevo paradigma comunicacional diseñado por Roger Ailes al crear la cadena FOX de noticias) acelerado por las redes sociales (muy especialmente expuesto en el uso partidista de X, antigua Twitter, por su nuevo propietario Elon Musk), y la desaparición de las afiliaciones y conversaciones cruzadas. El sociólogo de Chicago William Kornhauser formuló en su libro sobre las políticas de masas que un factor precipitadores



de las autocracias es la desaparición de afiliaciones cruzadas que llevaban a que personas de distintas creencias, valores u orígenes convivieran en iniciativas y espacios de la sociedad civil. De igual modo podríamos decir que también reviste gran peligrosidad social el que no exista la multitudinaria trama de conversaciones que deben darse entre personas de muy

diferentes ideologías, religiones, orígenes sociales, etc. Cuando la sociedad se distribuye en circuitos homogéneos que hacen improbable el encuentro, diálogo y cooperación con el otro, todo está preparado para convertir al otro en un objeto o una máscara en la que se puede pintar lo que uno quiera.

Sí una base social que permite el deslizamiento hacia la *anocracia*, terminó que da nombre a aquellos regímenes que siendo nominalmente democráticos sufren el autoritarismo antidemocrático en una parte sensible de su sistema. La anocracia es la fórmula que está aumentando en el mundo y es la esencia del modelo ruso chino elevado el 20 de enero de 2023 a una alternativa a la hegemonía occidental. Para quien le interese hemos publicado en Cristianisme i Justicia tres artículos sobre ese pacto rusochino (Vidal, 2023).

5. La revolución de la Primera Semana.

Todo este proceso de progresiva desvinculación no se ha hecho sin resistencias. Ha habido diversos ciclos de resistencia y alternativas ya desde que el nuevo paradigma ultraliberal dio sus primeros pasos en 1979.

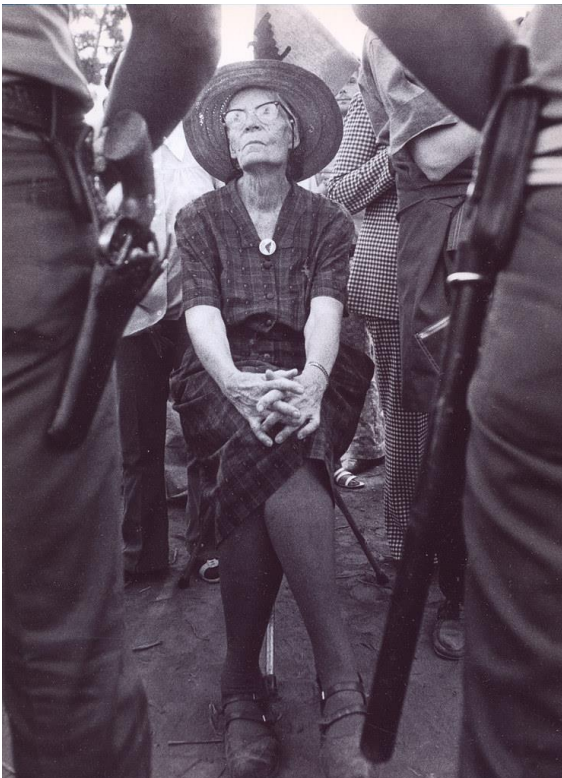
- a. En los años 80 a Margaret Thatcher le costó 8 años doblegar al Reino Unido. En esa década hubo masivas luchas alrededor de la reconversión industrial y contra el nuevo hegemonismo, a favor de la liberación de los pueblos, y eso llegó a costar la vida de personas como los jesuitas del Salvador en 1989. Ese mismo año fueron las movilizaciones contra la tiranía China que llevaron a la tragedia de la plaza de Tiananmen, y todos recordamos al hombre tanque con las bolsas de la compra en cada mano mientras paraba a una poderosa caravana de tanques.
- b. Desde mitad de la década de 90 se iniciaron las luchas contra la globalización lideradas por el Foro Social Mundial desde Porto Alegre, con muy significativas protestas que llevaban el mensaje de que *otro mundo es posible* a las principales cumbres mundiales que estaban dando forma a nuestro mundo.

- c. Recordemos también el ciclo de protestas tras la estafa global del 2007 con todo el movimiento de indignados extendido por las principales plazas de Occidente, así como la cadena de primaveras árabes que tan dramáticamente ha degenerado.
- d. Y debemos preguntarnos qué ciclo y con qué profundidad de lucha por la red vinculación se está abriendo tras la pandemia del 2020. Es un reto doble en su novedad porque debe responder a la ola de anocracias y polarización por un lado, Y aún desfondamiento de los sujetos individuales y colectivos por la poli crisis de abandono social, salud mental, soledad y nihilismo.

Es importante haber recorrido la situación de modo diacrónico porque la historia no señala a un problema de origen de esta gran desvinculación que ha conllevado al nihilismo y que forma parte de un problema mayor de desdemocratización y la instalación de una nueva civilización iliberal llamar a la nueva era en el pacto entre Pekín y Moscú del 23, y que se basa en una reinterpretación particularista de los derechos humanos y la democracia. No es casualidad que en la noche electoral de la segunda victoria de Donald Trump, el nuevo presidente haya proclamado para El Mundo y no solo para Estados Unidos una nueva era.

Y si hemos perdido la intención que gestó la Declaración Universal de Derechos Humanos, la democratización mundial y la civilización del amor, es porque hemos olvidado Auschwitz. Y actualmente, en 2024, a punto de terminar el primer cuarto del siglo XXI, no estamos en condiciones de poder garantizar que no vaya a suceder otro Auschwitz o algo peor.

No recordar Auschwitz es no recordar el Gulag ni Hiroshima, ni a los pobres de la tierra ni a los



excluidos que sufren el singularísimo ni a los trabajadores precarios de la actualidad. Es no pensar desde la perspectiva preferencial de los pobres que nos revela sinérgicamente lo que ignoramos si no podemos saber por nosotros mismos. Escribía Dorothy Day:

«Debemos hablar de pobreza porque la gente la pierde de vista, apenas puede creer que exista. Y tal vez nadie pueda decírselo, tal vez tengan que experimentarlo. O tal vez sea una gracia por la que deben orar. Generalmente obtenemos aquello por lo que oramos y tal vez tengamos miedo de orar por ello. Y, sin embargo, estoy convencida de que es la gracia que más necesitamos en esta era de crisis».

Debemos hablar de los pobres porque están ausentes y los echamos de nuestra conciencia. En realidad los enterramos en el fondo de la

conciencia creando un malestar depresivo en nuestro interior que no sabemos bien explicar y atribuimos a otras cosas.

Pero no es solamente Auschwitz ni los pobres de la tierra, sino el olvido de lo que en nosotros hay de pobreza y de mal. Esta cuestión es afrontada con una profundidad y seriedad absolutas en la «Primera Semana» de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola. En esa primera

etapa de los Ejercicios la persona no solo se encuentra ante lo que constituye la verdadera felicidad que realiza la naturaleza del ser humano, sino que junto a ese *Principio y Fundamento*, Se atraviesa la profunda experiencia del bien y del mal, la vida y la muerte en nuestras vidas y la historia. Y nuestra sociedad, ante un reto civilizatorio de tal magnitud como el que se ha producido, requiere necesariamente profundizar y recimentarse en la última razón frente al bien y la vida, el mal y la muerte. Clamamos como Max Estrella en la gran Luces de Bohemia, de Ramón del Valle-Inclán: «La gran miseria... está en [la] chabacana sensibilidad ante los enigmas de la vida y de la muerte». Nuestra sociedad y nuestra cultura necesitan una *revolución de la Primera Semana*.

Y esto afecta muy penetrantemente en la idea de felicidad, qué es el modo de recibir las bendiciones de la vida, pero que ha sido fetichizada y comercializada, y el hiper capitalismo llena y crea adicción en nombre del ideal máximo de felicidad que solo ahonda el malestar cultural y personal.

Pero antes de proponer unas pocas líneas de acción prácticas debo señalar 1 segundo elemento esencial después del terrible olvido de los crucificados y de la Cruz misma. En el fondo tenemos un problema de racionalidad y por eso es una cuestión tan relevante en la tradición católica porque esta se caracteriza entre todas las tradiciones cristianas por su inclusividad y la vinculación entre razón y fe.

¿Por qué hemos caído en la gran desvinculación? ¿Por qué hemos perdido la experiencia de pueblo y por tanto causado una crisis vocacional de pastores? Porque se ha producido e interiorizado una razón abstracta, mecánica, procedimental, utilitaria y clínica. Pero el ser humano se originó por la razón amada. Pensamos porque somos amados. La gran revinculación comienza por la refraternización desde el corazón y la razón amada. Une *Fratelli tutti* y *Dilexit nos*, las dos últimas encíclicas del papa Francisco.

Pero quisiera ir más al fondo: hay que resocializarlos desde la doble estructura de la desnudez amada. No será suficiente una revinculación desde el pragmatismo o la utilidad de los capitales sociales, desde las lógicas de la protección ni por la sentimentalidad o el fundamentalismo nacionalista, la solidaridad de los supremacistas ni tampoco las estrategias institucionalistas. Solo podemos reconstruir la vinculación desde el impoder de la desnudez, desde la celebración desnuda del ser humano. Hay dos estructuras de desnudez en el ser humano y la sociedad humana.



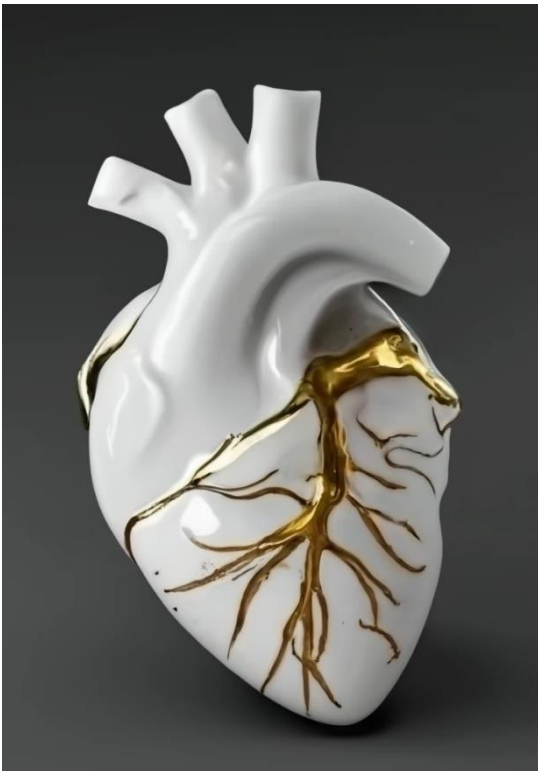
a. **El impoder es la primera desnudez.**

La primera estructura nos hizo Homo sapiens. Por la radical artificialidad de los nacidos 12 meses antes de dejar de ser fetos, todo lo transmitimos culturalmente y a través del amor. Todo el saber está relacionalizado, amabilizado, y por eso no solo es que hayamos sido hechos para amar sino que hemos sido hechos a través y por el amor. La evolución humana llevó a que se formaran arquitecturas grupales y vínculos sociales de una complejidad inédita en la vida y eso es lo que impulsó el salto de complejidad cerebral, como expone la teoría del cerebro social. Perdimos el pelaje para acariciar y serlo, se

revolucionó el sexo humano y la compasión nos hizo humanos. Nos hicimos seres abiertos, misteriosos, aventureros, trascendentes, anhelantes. La primera estructura que nos hizo humanos está desnuda: es la humildad, no el poder, lo que nos hace creativos y capaces de todo lo humanamente imaginable; es el impoder.

Es la vinculación que nace de la dependencia que con tanta intensidad nos hizo experimentar la pandemia del 2020, así como la conciencia de la vulnerabilidad y la urgencia de una sociedad de los cuidados. Y esa primera desnudez es también fuente de la creatividad, el progreso y la perfectibilidad del ser humano. Y esos componentes son los que nos llevan a reconstruir la revinculación.

b. La segunda desnudez es la herida encendida.



Pero hay una segunda estructura social y personal, una segunda desnudez que impulsa definitivamente la gran revinculación desde un lugar inédito en el que todavía no habían llegado a fundamentarse los anteriores ciclos de resistencia y lucha por la civilización del amor. En todo ser humano hay una segunda desnudez que va dilucidándose desde el inicio de la infancia en el seno materno hasta el final de la infancia que llega por la experiencia del mal, el límite y la muerte. Porque conocemos el mal, termina nuestra infancia porque se abre conscientemente en nosotros una estructura humana universal: la herida primordial.

Esa herida de que hacemos el mal y nos hacen el mal, nos desnuda por segunda vez y de ella surgen todos los abandonos. Y aquí es donde somos compañeros de los pobres de la tierra, donde no hay olvido de los hundidos a los que se refería Primo Levi. Pero esa herida primordial no vulnera de muerte al hombre, sino que en su

primera desnudez ahí un aliento redentor: el amor quema el mal de la herida, la cauteriza y la convierte en una herida incendiada como el arbusto que arde y no se consume, y mediante el perdón y la reconciliación se convierte en una herida encendida que nos guía. Esta herida está, ya potencialmente desde nuestro nacimiento, en el lateral del corazón humano, en el lateral de nuestra razón amada.

Y desde ahí se genera otra manera de revincularnos como amigos, vecinos, como pueblo, como desconocidos. El perdón, la gratitud, la humildad del misterio, la entrega y la abnegación, la primacía del amor forman parte de la herida encendida cuya cicatriz está suturada en último término con el oro del amor de Dios, con ese amor que es la última estructura del universo. Nos sentimos próximos como seres de barro a esa cerámica creada en la incendiada fragua del amor, y qué rota es reparada con oro según el rito japonés del kintsugi — literalmente, reparación dorada—, la famosa tradición del siglo XV.

Y el oro del que bebe nuestro corazón para reparar la herida primordial emana de la herida del costado de Cristo, que así se incorporó a nuestra segunda desnudez para salvarnos no sin ella, sino a través de ella quitándole toda victoria al mal y la muerte.

La herida encendida no es solo una estructura personal, sino que hay en la sociedad humana una estructura formada por la segunda desnudez colectiva y que es la memoria de las víctimas, el Memorial en el que arde una llama, la memoria ardiente de la pasión, la Cruz como institución viva a lo largo de la historia y que es portada por los testigos.

Y esto es para creyentes y no creyentes. Desde la Unión con los pobres y los hundidos de la historia y nuestra vida, y esa doble desnudez — la desnudez del impoder y la herida encendida—, podemos afrontar una gran revinculación poniendo en el centro una razón amada que nos deje poner profundos fundamentos a la civilización del amor a la que nos llamaron Pablo VI, Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco en su *plan para resucitar* en la fraternidad.

6. Decálogo de la revinculación.

Muy brevemente citamos algunas líneas prácticas de acción que pudieran ayudarnos a impulsar esa nueva vinculación.

- a. **Renaturalización.** Como es conocido, el *rewilding* consiste en restaurar la naturaleza y la presencia de naturaleza y nuestras ciudades cotidianas con dinámicas de recuperación



integral del ecosistema, con una presencia viva de las especies animales y vegetales, en sus dinámicas originarias.

Esa renaturalización — que ha llevado a que ciudades como Londres pretendan crear un Parque Nacional en su entramado metropolitano— arrastra una rehumanización que restaura la ecología de los vínculos sociales; nos trae otra forma de

relacionarnos y cuidarnos, eleva nuestra sensibilidad hacia los otros, nos hace fomentar todas las dimensiones del desarrollo humano integral. Cuanto más trabajemos por la ecología, más profundizamos en la revinculación humana.

- b. **Desneoliberalización de la educación.** Nuestros centros educativos tanto de primaria, secundaria como formación universitaria han absorbido un paradigma ultraliberal que ha introducido las dinámicas de competición por constar en los rankings que preelaboran las grandes consultoras que están dándole forma hiper capitalista al mundo. Eso no solamente está desvirtuando y descapitalizando el patrimonio humanista de la educación, investigación y pensamiento propio de las instituciones de la Compañía de Jesús, si no que está inyectando la primacía de la competencia en los estudiantes y se crea una de esa habilitación sistémica de la capacidad para formar integralmente y para el servicio a los profesionales. No minusvaloremos la capacidad que los centros educativos tienen para crear verdaderos vínculos de cooperación y fraternidad entre los estudiantes y sus familias, y para formar personas que sean verdaderos tejedores de fraternidad universal, porque eso requiere unas condiciones que no son compatibles con cualquier paradigma, y menos con la neoliberalización general que está sufriendo el sistema educativo y científico, solo medido por el poder. Aunque parezca que el

alumnado y las familias permanecen al margen de ese servilismo al poder, en realidad ese paradigma se comunica a través de todo el tejido de la institución.

- c. **Desprivatización de las parroquias** y creación de comunidades parroquiales tanto territoriales, como en aquellas iniciativas sin territorio que tienen voluntad de servicio público e inclusivo para todos los carismas y situaciones. Quizás no hemos valorado suficientemente la importancia que las parroquias tienen en una espiritualidad que tenga en el centro de su deber y querer el sentir con el pueblo de Dios, sentir con la iglesia. Parece como si la vida comunitaria de la Iglesia se hubiera encargado 'por lo privado'. En vez de apostar por una sanidad pública (redes parroquiales con distintas actividades abiertas y públicas), desde los 80 en la Iglesia se privatizó todo a través de sociedades privadas –como pueden ser Sanitas, Asisa o Adeslas–. De hecho, parroquias enteras fueron privatizadas para movimientos (con frecuencia, cargándose al resto) y, en general, lo parroquial, infravalorado. El reto de establecer una vinculación más comunitaria en el seno de la Iglesia católica no pasa por asociaciones ni movimientos – que tienen su legitimidad–, sino por un modelo general de comunidades parroquiales. El modelo es una red poliédrica en cada parroquia o arciprestazgo, capaz de acoger, vincular e integrar a perfiles muy diversos. Es una red que usa encuentros, formación, reflexión, retiros abiertos, ejercicios espirituales, compartir oración y vida sin marcas ni más superestructuras que las que son propias de la Iglesia diocesana. Es necesario recuperar la Iglesia 'por la pública'.

- d. **Revecinalización**. No solo hay que trabajar para fortalecer la vida vecinal, que es la que está más cerca de las historias cotidianas de la gente y sus preocupaciones, sino que evangelizar el modo de Jesús es hacerlo en las plazas y calles. Es necesario crear oportunidades para experimentar al pueblo, el pueblo que reúne a todas las personas



de cualquier condición, incluso con sus contradicciones y desigualdades. No al pueblo que pretende ser monopolizado desde tal o cual tendencia, nacionalidad o posición social, sino al que forman todos. Y desde ahí es más fácil comprender que la Iglesia no es una organización más ni un club en el que se ficha, sino la humanidad siguiendo a Cristo tras sus

huellas. Y donde hay experiencia de pueblo de Dios, surgen vocaciones: pastores del pueblo, como el pueblo y para el pueblo de Dios.

- e. **Ética de la celebración**. En quinto lugar resaltamos la importancia de las celebraciones, la ética de la fiesta que nos comunica el éxtasis de la unión, que nos hace sentir que la sociedad sí existe, que no solo somos egos, sino también nosotros. Celebraciones que comunican en todos los tonos del sentir y el saber. Celebraciones que son sobre todo una exaltación de la alegría, que es donde más profundamente germinan y arraigan los vínculos interpersonales y societales, de las sociedades.
- f. **Espiritualidad del nosotros**. Sin una espiritualidad de la interioridad del vínculo, las parejas, familias, grupos y corporaciones se quedan sin valores, creencias y sentimientos

compartidos. La revinculación necesita de una espiritualidad que le reconecte con la realidad. La espiritualidad nos lleva a vivir las plenitudes de los muy diversas singularidades de vínculo. Todo el mundo de los Ejercicios Espirituales ignacianos sucede en el vínculo entre el ser humano y Dios en su Creación, y toda la cornucopia de relaciones personales, sociales y ecológicas que despliega. La espiritualidad ignaciana es una espiritualidad del vínculo. Los desafíos de la desvinculación global no pueden permitirse prescindir de una tradición de tal calado y potencial, y a la vez, el conjunto de la comunidad ignaciana tiene una gran responsabilidad para convertir su espiritualidad, sus instituciones y los Ejercicios Espirituales en un gran recreador y reconciliador de los vínculos, y muy especialmente de la segunda desnudez o la Herida encendida.

g. **Los vínculos únicos.** Es preciso profundizar en los vínculos singulares, especialmente aquellos relativos a la masculinidad y paternidad, a las relaciones de pareja y sponsalidad, y a la arquitectura familiar, donde se origina el primer amor y donde lamentablemente se producen los primeros abandonos, los más persistentes y hondos. La espíritu de ignaciana siempre ha trabajado históricamente desde la perspectiva de la persona, lo cual no es contradictorio con decir que es una espiritualidad del vínculo, sino que desde sus inicios a resaltado la responsabilidad y la libertad como condiciones imprescindibles para afrontar la incorporación de las personas en los diferentes lugares y comunidades.

h. **Los puentes de la belleza.** En octavo lugar debemos señalar el lenguaje de la belleza, que es el único que queda cuando se queman todas las palabras. Necesitamos una cultura mucho más profunda, fomentar y apoyar a creadores, suscitar vocaciones de personas dedicadas a la vía de la belleza. La revinculación necesita que se encuentre un canto para el pueblo.

i. **Las conversaciones cívicas** son una herramienta esencial para la Cultura del Encuentro. Una conversación cívica es compartir y discernir la diversidad de pensamiento sobre un asunto común. En la conversación uno no solamente comunica sino que comparte lo que el otro transmite.

En toda verdadera conversación hay una dinámica de empatía, de conocimiento interno de lo que el otro es, siente, piensa y hace. La conversación no se mueve a la persuasión sino al encuentro con la verdad en el otro. Una conversación puede implicar discusión pero



es mucho más que un torneo de debate, forma una comunidad de conocimiento, aunque sea temporal. No es posible descubrir el bien común y las verdades universales sin conversación. De hecho, si quiere cumplir su función, la universidad debe ser también *conversidad*. Pero incluso en las universidades se ha degradado el ambiente de conversación académica, científica o meramente cultural. Es absolutamente urgente e imprescindible recuperar el hábito de la conversación, tanto digital como presencial. Tenemos que hacer un especial esfuerzo en abrir grandes espacios de escucha y diálogo

en las redes sociales donde solamente sea posible interactuar desde el espíritu de la conversación. Nuestro futuro como democracia nos la jugamos en la capacidad que tengamos para generar conversaciones cívicas. No solamente en los centros de decisión o entre líderes de opinión, sino sobre todo en la base, en los vecindarios y comunidades primarias donde transcurren nuestras vidas. En una civilización progresivamente amenazada por la división y el individualismo, es imprescindible construir puentes y tierra común. El primer paso es sentarnos a una conversación cívica.

- j. **Reconciliar las heridas del abandono.** Finalmente, quizás la espiritualidad ignaciana está especialmente preparada para generar caminos y caminantes de la reconciliación. El hipercapitalismo comenzó a desvincular debilitando las relaciones, pero ha extremado la desvinculación provocando abandono, polarización y odio. Es tal la amplitud y gravedad de la herida social, que es necesario impulsar otro nuevo ciclo de la cultura de la paz y reconciliación. La espiritualidad ignaciana, especialmente a través de la experiencia de Primera Semana, puede ayudar crucialmente a las personas, sus comunidades (familiares, amicales, laborales, etc.) y la sociedad a convertir esas heridas del abandono en herida encendida.

7. Final: cuando se cruzan nuestras huellas.

Terminamos esta reflexión con la historia de las huellas cruzadas hace 1,5 millones de años entre un paranthropus y un Homo erectus. Dos días antes de que pronunciará esta conferencia, un equipo de paleontólogos publicaba que dos especies humanas diferentes cruzaron sus caminos en cuestión de horas por la inmediaciones del mismo lago de Turkana, en Kenia. El equipo de Louise Leakey, nieta del legendario paleontólogo, desenterró una primera huella, tras la cual



fueron descubriendo un itinerario de huellas y que asombrosamente vieron cómo se cruzaba con otra que resultó ser de una especie distinta.

Los estudiosos se inclinan a pensar que estos dos homínidos que se cruzaron convivían y compartían el hábitat pacíficamente. Hoy, en 2024, un millón y medio de años después, nuestras huellas se cruzan con las de muchos

desconocidos, extranjeros, personas que no piensan como nosotros, a los que algunos casi no reconocerían de la misma especie, o no tan humanos. En ese cruce, ¿vamos a ignorarnos? ¿Vamos a pelear? ¿Vamos a conversar? ¿Vamos a ayudarnos?

Hagamos lo que posiblemente nos llevó a evolucionar desde aquel día hace 1,5 millones de años: hagamos lo que solo el amor puede crear, impulsemos la gran revinculación desde el no poder del ser humano desnudo, el impoder de la herida encendida. Muchas gracias.